



## AGUA, TIERRA, FUEGO Y AIRE EJERCICIO INTEGRADO 1995

Ciudad Abierta  
Septiembre de 1995

Queridos todos:

Pensando como darle forma a este escrito, llegué a la conclusión (en virtud de una cierta honestidad artística e intelectual, que su mejor expresión es el de una carta y concretamente dirigida a quienes fueran mis interlocutores permanentes durante estos ejercicios.

Mucho pensamos y discurrimos de como enfrentar este trabajo con los cuatro elementos, para darle forma al encargo. Pero lo que quedó abierto o indefinido fue el sentido de la relación entre un escultor y los arquitectos.

Desde un comienzo quedó establecido de que no se trataba de la relación habitual es decir proponer una escultura y construirla con los alumnos. Tenía que ser diferente pero no se sabía en qué. Es lo que habitualmente se llama una estructura abierta.

Con el correr de los días esta pregunta quedó sepultada por la acción pero hoy al enfrentarme con este escrito, se hace ineludible.

¿Qué sentido tiene realizar un escrito acerca de una obra hecha?  
¿Qué puede decir un escultor a los arquitectos acerca de una obra que ha quedado entre Ustedes, allá en los faldeos desérticos sobre Antofagasta?  
Un escultor habla con su obra, ahí está su principio y su fin:

Pero he aquí que se me ha cursado una invitación a trabajar en una relación no definida con la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica del Norte.

El tema en que esta relación se materializa es tan amplio que, transcurrido ya cierto tiempo de su ejecución, queda en evidencia que lo que interesa es tratar de dilucidar dicha relación.

Para ésto, pienso que el estilo epistolar es capaz de sostener con apertura las posibles afirmaciones temerarias que se me escapen.

Así entonces, la pregunta que puede realmente dejar al desnudo la cuestión es la siguiente.

Ese hermoso y complejo trazo que dejamos allá en el desierto sobre Antofagasta ¿Se trata de una obra de arquitectura o escultura? ¿O acaso pertenece a ambas? ¿No creen que es aquí donde la cosa se complica?

que esta estuviera inspirada en los cuatro elementos es decir, tierra, agua, aire y fuego no disminuye en nada lo candente de la pregunta anterior. El tema, podría haber sido otro y nos habríamos encontrado igualmente en medio de esta disputa que por otro lado es tan antigua y moderna a la vez.



En nuestras numerosas conversaciones, alguna vez se afirma mi posición al respecto. Yo no creo en la integración de las Artes. Pienso en el caso de la Arquitectura y la Escultura. No se gana nada salvo un gran empobrecimiento. Ambas tienen orígenes distintos y por consiguiente esa distinción debe permanecer hasta el fin. ¿Qué hacemos entonces? Intentaré responder a través de los conceptos de lugar y de obra.

#### **Del lugar.**

Ustedes saben que la Escultura tiene una relación bastante "sul generis" con el lugar, distinto el caso de la Arquitectura. En cierto modo se podría decir que la escultura es indiferente del lugar. Me acuerdo en este momento del David de Miguel Angel y la disputa por su ubicación; incluso del Monumento a los Muertos en Tirgu-Jiu de Brancusi y su emplazamiento tan cuidadoso. Aún así, no me cabe duda, si lo ubicáramos allí donde quedó nuestra obra, ésta seguiría siendo con toda su potencia un gran monumento. He llegado, en ocasiones, a llamar a la escultura, en esta relación, utópica porque de verdad en ella como tal no es determinante el lugar. Sin embargo, lugar y escultura no son indiferentes entre sí. Más tarde volveré a tocar este punto. En arquitectura esto es radicalmente distinto. Creo no equivocarme al afirmar que no se puede concebir la arquitectura independientemente del lugar donde ella va a ser edificada. Más aún, me atrevo a afirmar que la labor del arquitecto en ubicar al hombre con toda su complejidad en el mundo, por consiguiente en el territorio y en consecuencia en el lugar.

Consideramos el caso de ustedes, la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica del Norte.

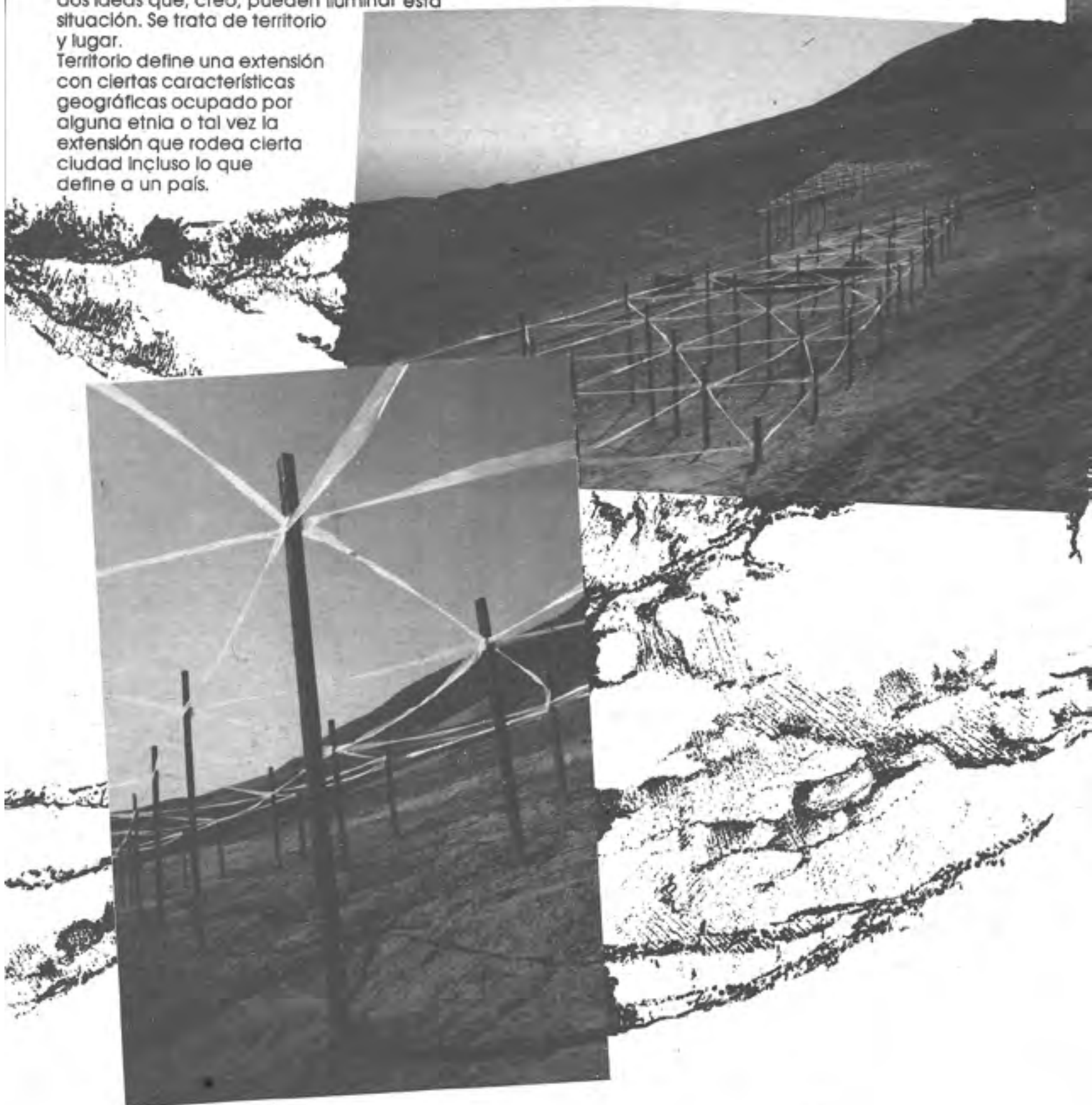
No cabe duda que vuestra Escuela tiene una vocación declarada por el territorio desértico de Antofagasta. ¿Qué otra cosa grande hermosa y gratuita tienen ustedes allá?. La ciudad misma, apretada entre los desiertos del Pacífico y Antofagasta, en su centro la densidad urbana le entrega el consuelo de una traza que la asemeja a las ciudades

americanas donde quieran que estén. Más la disputa con el desierto en sus extremos, enrarece de tal manera la fórmula que ya irreconocible, la transforma en ejemplo de esfuerzos equívocos.

Naturalmente, así como nuestros estudiantes van a Valparaíso a observar y estudiar al hombre viviendo en el mundo con plenitud, los de ustedes van al desierto, a los pueblos con tradición de desierto. Es ahí donde observan y no en la ciudad.

Esta decisión tan simple y radical es determinante en señalar cual es la riqueza que ustedes tienen. Todo esto que les menciono, plantea una disputa entre dos ideas que, creo, pueden iluminar esta situación. Se trata de territorio y lugar.

Territorio define una extensión con ciertas características geográficas ocupado por alguna etnia o tal vez la extensión que rodea cierta ciudad incluso lo que define a un país.







Pero decir que cierto hombre habita el territorio es un lenguaje propio de disciplinas analíticas y no de arquitectura. Dicho de otro modo es un ejercicio posterior al hecho arquitectónico.

El hombre para habitar se hace lugar en el mundo y lugar es aquella extensión en la que las cosas acaecen.

Por ejemplo, Antofagasta es el lugar en el cual acaece la existencia de la ciudad pero ella reniega o intenta renegar el territorio.

Quisiera definir el lugar como la extensión donde se da la vida del hombre y por consiguiente donde aparece su arquitectura, sus manifestaciones artísticas, su organización social o política, su religión y esto puede o no estar en armonía con el territorio.

No quisiera internarme más en esta especulación sobre territorio y lugar, ya que se trata de una discusión propia de la arquitectura. Pero ustedes saben que mi quehacer escultórico estuvo siempre acompañado por los arquitectos y este tipo de discusión la he mantenido durante toda mi vida artística.

Por consiguiente para terminar con este capítulo y responder en parte la pregunta con que se inicia esta carta, pienso que lo que hicimos allá en los faldeos sobre Antofagasta fue abrirle la posibilidad de un lugar al territorio.

#### **De la obra:**

Vuestra invitación a trabajar en los Talleres Integrado tenía precisado el tema (los cuatro elementos), y el lugar pero totalmente indefinida la acción a acometer. Más aún en un comienzo hubo confusión; los alumnos trabajaban en ejercicios académicos y yo pensaba en una obra. Cuando fuimos por primera vez a ver el lugar, me encontré con un panorama de gran belleza y majestuosidad. La primera tentación es preguntarme ¿qué podemos hacer aquí, que valga la pena tocar este espacio? En realidad no se tratará de un no-lugar, donde los hombres no tienen nada que hacer salvo admirar y callar? Entonces recurrimos a Apollinaire y su siempre presente "La Bella Pelirroja".

*"Hay allí fuegos nuevos, colores nunca vistos  
Fantasmas imponderables  
A los cuales es preciso dotar de realidad"*

Exactamente... a los cuales es preciso dotar de realidad... ¿Pero qué realidad? ¿La escultórica o la arquitectónica?



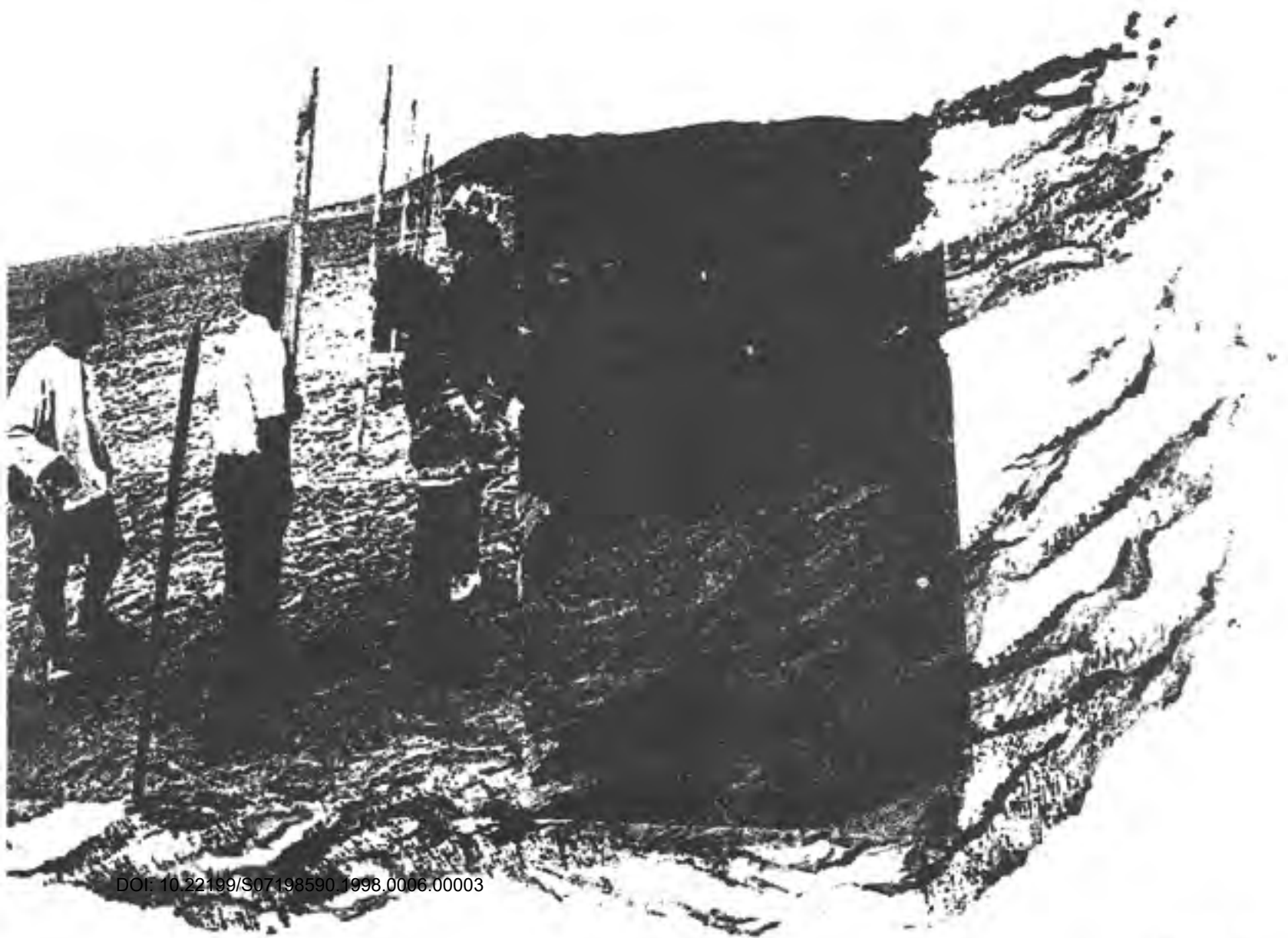
Quizá sea necesario aclarar este punto. Seamos claros: ambos oficios construyen, erigen en el espacio pero son radicalmente diferentes. Vamos al origen. La arquitectura construye templos donde los hombres pueden oficiar cada cual a su propio dios. La escultura construye el espacio donde el dios mismo tiene cabida. La primera es directamente con el hombre y por lo tanto debe asentarse y orientarse en el mundo y así el hombre actuar en propiedad. La otra no es directamente con el hombre y por eso su relación con el mundo es mucho más amplia, ella cumple la función de abrir un lugar en toda su potencialidad sin privilegiar ninguna orientación. Hace presente esta potencialidad de todo y cualquier lugar y en esto recojo lo anteriormente dicho respecto a la relación entre escultura y lugar: El lugar es sumamente sensible a la escultura. Dice Heidegger en "El Arte y el Espacio".

*"La escultura sería entonces una incorporación de los lugares que, abriendo una comarca y recibéndola en custodia, mantienen junto en derredor de ello algo libre que acuerda a cualquier cosa vecindad y a los hombres habitación en medio de las cosas"*

Entonces, aquí anticipo la respuesta a la pregunta sobre la naturaleza del trabajo hecho.

En realidad no me cabe duda que se trata de una obra escultórica. Ella cumple con gran exactitud lo propuesto por Heidegger.

Ese gran trazo que corta el valle en dos aunque se pueda caminar sobre él no es un camino pues no lleva a ninguna parte. Los postes que cortan el trazo en cruz, aunque uno pueda estar bajo ellos no es una plaza hipóstila. Los largos trazos alrededor de esta seña no son significativos del quehacer humano. Todo ello responde a la necesidad de



DOI: 10.22199/307198590.1998.0006.00003

hacer de  
un territorio  
lugar.  
Dotarlos de  
realidad.

Pero si es una obra  
escultura. ¿De que le sirve  
a los arquitectos, a los estudiantes de arquitectura  
trabajar en una obra escultórica? ¿Se trata, acaso, de  
una gran confusión?

Efectivamente, los alumnos en los ejercicios  
previos a la construcción de la obra, elaborando como  
tema los cuatro elementos subían al lugar para  
observar y buscar en las huellas que dejaba el agua, el  
viento (aire), la luz (fuego) y las grietas (tierra) un conocimiento  
genérico y natural del territorio que los dejara  
capacitados para intervenir en espacios semejantes.

Cada vez que volvían del desierto traían información de  
como habitarlo, y esto es natural; son estudiantes de arquitectura.

Pero eso estaba lejos de mi mente. Lo que yo quería, aunque no sabía  
aún cómo, era conjurar el lugar para que el desierto apareciera en plenitud.

Ahí está el punto. Estudiar el desierto desde el punto de vista del territorio no  
puede impedir el previo del oasis.

Todos los estudios señalaban las carencias al desierto. Yo mismo en un comienzo lo  
señalé como la falta de agua, el abismo de la tierra, lo infinito del aire, la inclemencia de  
la luz, etc., pero aún ahí estaba oculta la nostalgia del oasis.

Y esto es totalmente contradictorio con la primera contemplación del lugar. El lugar sólo  
aparece cuando uno es con él en la desnudez.

¿Cuál desnudez? Apareció en el primer momento de la intervención del valle.  
En la primera parte de este acto el gran grupo de alumnos que participaba pasó a  
ser una accidente más de los muchos que ilustraban el lugar. Pero en la segunda,  
cuando cruzan el valle en línea recta, el acto mismo y la huella que van dejando la  
confieren al lugar la luz de la desnudez.

Este simple acto es lo más importante a su vez de todo lo que aconteció posteriormente.





Recuerdo una conversación telefónica con uno de ustedes; le decía que para quien está en medio de un bosque le es necesario un claro para que el mismo bosque aparezca en plenitud y desnudez. Hoy creo que ese mismo ejemplo ilustra con cierta precisión acometer allá en los faldeos de Antofagasta. Para que el lugar pareciera con toda su potencialidad y desnudez abrimos un claro en el desierto.

Y para responder la última pregunta les diré que lejos de provocar confusión nuestra cooperación entre arquitectura y escultor les deja a modo de presente la aparición de un lugar, sin el previo de un oasis, abierto en todos sus potencialidad y por lo mismo, capaz de provocar la contemplación. Tal es la escultura.

Un abrazo a todos los amigos que allá dejé, a los que recuerdo con mucho cariño.



José Balcells  
Escultor

